

Todo lo que hemos escrito en este capítulo lo debemos a la memoria privilegiada de un sobrino del Padre Modesto, el Dr. Jesús M. Gómez G., a quien lo refirió en 1855 el mismo protagonista, que era hombre comunicativo y sociable, contestando a la pregunta de por qué se había ordenado, y concluyó, conmovido visiblemente:

“Este es el secreto de mi vida.”.....

No hemos inventado, pues, una novela, porque quien nos ha suministrado estos datos es un anciano venerable, verídico e instruído.

El mismo amigo refiere que estando para morir el héroe de Ayacucho, se le acercó el Padre Modesto y palmeándole en el hombro y la espalda, le dijo amablemente:

“Pepito, estás malo, vas a morir, te lo dice un compañero de armas y amigo; estoy a tu disposición.” Entonces el agonizante Córdoba abrazó al Padre Modesto y depositó en él sus secretos de conciencia.

ABRAHAM MORENO.

SIMONA DUQUE

Nada tenemos que añadir a la interesante y verídica relación—que insertamos en seguida—si no es que veíamos cuando éramos niños a Dña. Simona cultivando con sus propias manos el huerto de su casa, situada en la salida de Marinilla para el Santuario. Vestía modestamente saya de fula azul, camisa blanca, y encima una camisa tetunjana, ceñida a la cintura, cuando estaba en el trabajo.

Cuidaba a su hijo Francisco, tullido por causa de una herida recibida en la magna guerra. Nos parece verlo con su capa de paño español—ya deteriorada por el tiempo—y su gorro blanco, sentado en una ventana que daba vista a la calle.

Allí lo colocaba su amante madre como un centinela avanzado de aquella triste morada. Se ocupaba este gran servidor de la Patria, en despachar con

los pasajeros las cartas y encomiendas que se le confiaban para la ciudad y pueblos vecinos, y recibía las ofrendas que, a veces, le dejaban sus amigos. Existe todavía esa misma casa como mudo testigo de lo que fueron sus habitantes hace un siglo.

Veamos lo que dice de ellos D. Ramón Correa en su importante folleto, "Marinilla heroica", publicado en 1904:

"Al regresar el gallardo lidiador de la causa santa a su suelo nativo, después del triunfo inmortal del 7 de Agosto de 1819, una mañana fue despertado en su casa de habitación por su edecán, Niño, quien anunciaba al Coronel que una mujer quería hablarle. Córdoba recibió aquella noticia con extrañeza por lo inusitado de la hora. Mas al ponerse al habla con aquella dama, comprendió cuán grande era el patriotismo de su interlocutora.

--¿En que puedo servirle, mi señora? le dijo el Jefe Militar de Antioquia.

—Vengo, señor, a traer mis joyas para contribuir por mi parte a salvar la Patria.

—Doy a Ud las gracias en nombre de la República y acepto su generosa oferta, porque como sabrá Ud., aún quedan enemigos en el territorio y es preciso exterminarlos.

—Con ese fin he traído, Coronel, lo que tengo

—¿Y que será, señora, su ofrenda, tan espontánea y tan oportuna?

—*Son cinco de mis hijos*, contestó la señora, y como al punto llamase a los que estaban allí cerca, se presentaron cinco jóvenes altos, bien constituidos, morenos y de arrogante figura.

El futuro vencedor en Chorros Blancos se sorprende cuando ve a aquella anciana traer a la Patria su único tesoro, que eran sus hijos. Cornelia, la ilustre romana, hija de Escipión el Africano y mujer de Tiberio Graco, al mostrar sus hijos a la dama de Campania que le exhibía sus joyas riquísimas, y pronunciar la frase que ha inmortalizado su amor maternal, no fue más grande que esta marinilla que grabó aquel día su nombre en las páginas sagradas del libro de la Patria.

—Señora, ¿y qué deja Ud. para atender a su subsistencia? preguntó el Jefe, que no comprendía cómo a su edad podría una viuda desprenderse de sus únicos apoyos.

—*Todavía sé y puedo trabajar*, contestó llena de arrogancia la señora.

Este rasgo llenó de entusiasmo la Provincia. Antes de pocos días, Córdoba, del Corral, Benedicto González, Braulio Henao y otros muchos, con 500 soldados, salían de Rionegro en persecución de Tolrá y se cubrían de laureles triunfando en dondequiera que las fuerzas españolas aguardaron el combate. De allí surgieron Chorros Blancos, Majagual, Tenerife, Cartagena, y más allá, Pichincha, Matará y Ayacucho.

Al punto fueron enrolados en las filas libertadoras aquellos gallardos jóvenes que, al desprenderse de los brazos de su madre, pudieron escuchar lo que los hijos de la mujer espartana al recibir el escudo: "Volved vivos con él, o muertos sobre él".

Dóciles a sus jefes, estrictos en el cumplimiento de sus deberes, valerosos, emprendieron esa cruda campaña de donde algunos no volvieron y otros vinieron inválidos, pero todos dieron a su madre la gran satisfacción de haber servido a la libertad.

El primero de esos soldados que murió por salvar la Patria, se llamaba Manuel. Dejó sus restos sagrados en la heroica ciudad de Cartagena, y es fama que al depositar su cadáver en la fosa que un ilustre ciudadano de aquella Provincia regaló a los cuatro hermanos para última morada de Manuel, éstos cumplieron su deber sin derramar una lágrima, y como sollozase José María, que era casi un niño, Salvador le reprendió cariñosamente en estos dulces términos: "¡Qué dirá su merced, nuestra querida madre, si sabe que lloramos sobre la tumba de Manuel!"

Francisco fue herido gravemente en Ovejas. Recibió un balazo en la parte superior de la columna vertebral y el proyectil permaneció allí 35 años, hasta que lo extrajo el hábil cirujano Dr. Ulpiano Urrea. Tullido a consecuencia de los sufrimientos de su herida, murió en la miseria, porque la Patria que él y sus seis hermanos ayudaron a fundar.....

Andrés, hecho prisionero en la cuchilla del Tambo, el 29 de Junio de 1816, fue quintado; y si se salvó, tuvo en cambio que sufrir las mayores penalidades en el campamento español. Andrés, Francisco y Salvador habían sido presentados por su madre al Coronel Gutiérrez (el Fogoso) en Rionegro, cuando partió la brillante expedición que ese ilustre Jefe cundinamarqués llevó al Cauca, y en la cual iba el futuro General Córdoba, apenas cadete del Ejército. Sirvieron, pues, a la Independencia hasta 1817, en que volvieron derrotados a Marinilla.

Un día--el 9 de Diciembre de 1879--hablábamos con

el venerable viejo Andrés, el cual se hallaba tendido sobre un pobre lecho y tullido y ciego. Recordaba los incidentes de esa jornada portentosa, en la cual había ocupado el puesto de Teniente de una Compañía en el Regimiento de Granaderos que mandaba el bravo Lucas Carvajal. De pronto guardó silencio, dejó escapar de su pecho un lúgubre sollozo, dos lágrimas tristísimas asomaron a sus ojos, y no atreviéndonos a interrumpir su dolor, aguardamos a que calmase su emoción. Entonces le oímos esta queja sublime: “¿Quién me hubiera dicho hace 55 años que ese hermoso sol que alumbró el campo inmortal de Ayacucho, habría de eclipsarse para siempre a mis ojos; y quién le hubiera dicho a mi santa madre que un día su hijo no tendría ni un jergón para cubrir su cuerpo, ni un pedazo de pan para calmar su hambre!”

Algún tiempo después murió, siempre en la miseria, y llevándose a ultratumba la dolorosa espina del no merecido infortunio y el abandono de sus contemporáneos.

Salvador empezó a servir a la libertad a los diez años, en 1813. Fue siempre un gran patriota hasta morir en edad avanzada. Alcanzó el grado de Coronel y fue el principal apoyo del movimiento revolucionario que el patriota D. José Urrea, acompañado de D. Antonio Gómez A., D. Antonio Giraldo, D. Nepomuceno Jiménez y otros marinillos, promovió en Antioquia al tener noticia del combate de Boyacá. Salieron en persecución del General Tolrá (Carlos), le hicieron varios prisioneros y lo arrojaron de la Provincia, a las órdenes del Teniente-Coronel Córdoba. Salvador hizo toda la campaña de Antioquia y del Magdalena; estuvo en el sitio y rendición de Cartagena en 1821, y en Santa Marta en 1823, como había estado en Chorros Blancos el 12 de Febrero de 1820, en Pajarito, en Tenerife y en otros hechos no menos importantes.

Antonio María mereció una nota de acción distinguida de valor en el combate de Tenerife (el 25 de Junio de 1820), donde tomó al abordaje uno de los barcos del Comandante Villa, allí vencido. En este día le hicieron seis heridas bastante graves, y sólo al terminar la acción consintió en que se le curasen las desgarradas carnes. Quedó inválido y jamás volvieron a servirle las manos.

José María no fue presentado a Córdoba por su madre, por hallarse enfermo, pero partió poco después y sirvió muchísimo en la revolución.

Andrés se hallaba sufriendo aún de la herida que recibió en el combate del Palo, y sin embargo fue presentado por su madre en el altar de la Patria, como llevó Abraham al inocente Isaac, con tanta fe como el antiguo pa-

triarca, pero con más generosidad, pues ella ofreció cinco, en tanto que el padre de la gran *progenie* ofreció sólo uno.

Juan Nepomuceno murió viejo, y después de haber luchado con denuedo por la Independencia en Chorros Blancos, en Pichincha el 7 de Abril de 1822, en el Puente de Guátara el 22 de Diciembre, en Yacuanquer el 23 y en Pasto el 24 de los mismos mes y año

La única hermana de estos héroes se llamaba D.^a María Antonia; fue esposa del Sr. Benedicto Velásquez, y sus descendientes han sabido honrar su abolengo

Tenemos, pues, una familia de patriotas que deponía a los pies de su digna madre su corona de laureles para que ella pudiera decir desde tan alto pedestal: "Yo también he servido a la Patria."

Cuando el General Córdoba recibió los hijos de la gran marinilla, no pudo menos de hacerlo saber al Gobierno y elevó una nota que así decía: "..... Esta mujer (D.^a Simona Duque) actualmente viuda, tiene cinco hijos, los cuales presentó al servicio de las armas en la época anterior de la República. Tres de ellos sirvieron gloriosamente en la campaña, portándose como verdaderos soldados de la Patria. A la entrada de las tropas españolas en esta Provincia fueron alistados; desertaron permaneciendo ocultos por mucho tiempo; y a mi arribo me los presentó de nuevo su madre, con la circunstancia extraordinaria de que hubo entre ellos un combate vivo sobre la elección del que debía permanecer a su lado. Uno de ellos (Andrés) cubierto de cicatrices fue destinado a este objeto por los otros y respondió que *nó*, que aún podía ser militar. En atención a la viudedad y pobreza de la expresada Duque, me denegaba a admitirlos todos en el servicio; pero instado vivamente por ella, me vi en la necesidad de corresponder. Un rasgo tan sublime de amor a la Patria merece la más grande consideración de parte del Gobierno. Así, espero que V. Excelencia se digne asignarle una pensión proporcionada a su subsistencia."

Esta nota tan significativa en aquellas circunstancias, produjo verdadero entusiasmo y el Vicepresidente General Santander, se apresuró a dictar el decreto que vamos a ver:

"..... A la ciudadana Simona Duque se le suministrarán del Tesoro Público de la Provincia de Antioquia 16 pesos íntegros al mes durante su vida. Publíquese en la Gaceta este extraordinario rasgo de amor a la Patria, para satisfacción de la que lo ha manifestado y para ejemplo de los demás individuos de la República".

Este Decreto del General Santander produjo asombro

en Bogotá, no por sí, sino por la causa que lo motivó; pero cuál sería en seguida la sorpresa del Gobierno al recibir esta contestación: "Al Excmo. Sr. General Francisco de P. Santander, Vicepresidente de la República — Bogotá. Con gran sorpresa he recibido el Decreto en que V. Excelencia se sirve ordenar que del Tesoro de esta Provincia se me pasen mientras viva, 16 pesos íntegros por mes. Jamás aceptaré esa recompensa mientras pueda trabajar y valerme por mí misma. Así, pues, sin dejar de agradecer esa dádiva, la renuncio para que no haga falta esa suma a la República, en tanto que no se halle completamente libre.—Dios guarde muchos años a V. Excelencia.—Simona Duque de Alzate.—Marinilla, Febrero de 1820.—10."

Esta mujer admirable, muy superior a su tiempo, merece un altísimo puesto en el escalafón de los Padres de la Libertad, y cuando se escriba completa la historia de la Independencia, ella figurará con orgullo al lado de sus paisanos Mejía, Salazar, Girardot, Restrepo, Córdoba, Gómez y Zea.

D^{na} Simona Duque era hija de D. Andrés Duque (nieto de Juan Duque de Estrada, primero de este apellido que entró a Antioquia) y de la Sra. Ana María Rincón. Era esposa del Sr. José Antonio Alzate, ambos de limpio linaje y de costumbres patriarcales.

Al fin aceptó D.^a Simona la pensión con que había sido agraciada con tanta justicia, pero sólo por las instancias del patriota y sabio sacerdote Dr. Gabriel María Gómez.

Vivió esta señora *ciento dos años*, y pocos días antes de morir leía sin anteojos su devocionario. Sólo estuvo en cama dos o tres días. Personalmente trabajaba un huerto de su casa de habitación. Refiérese que pocos días antes de expirar, le preguntó su hijo Salvador qué órdenes tenía que dejarle en caso de que muriese, y con voz moribunda, aunque clara, le habló así: "Que mis hijos sirvan a la Patria cada vez que los necesite".

Hé aquí un tipo digno de estudio, merecedor de alabanza y capaz por sí solo de ilustrar un pueblo. La Patria de esta gran matrona, Marinilla, debe sentirse orgullosa de su hija.

¡Cuán noble y grande debe ser la causa que tales ejemplos de abnegación produce.....! Nosotros sentimos satisfacción al esbozar siquiera la nobilísima figura de la inmortal colombiana D^{na} Simona Duque de Alzate."

ABRAHAM MORENO.

MOVIMIENTO ANTIESCLAVISTA EN ANTIOQUIA

El primer movimiento antiesclavista en Antioquia comenzó en 1781. Tocó a don Lorenzo de Agudelo el honor de ser el primero que proclamó la libertad de los esclavos en la ciudad de Antioquia. Y no sólo proclamó esa libertad como filósofo o revolucionario, sino que a 80 esclavos que tenía en sus minas de "Buenavista" los dio libres. Persiguiéronle los agentes del Gobierno, y reducido a prisión fue condenado a los presidios de Portobelo. Dice esto Manuel Briceño, en su obra "Los Comuneros".

Es posible que en los archivos de la ciudad de Antioquia existan documentos completos sobre acontecimiento tan notable en nuestra historia, pues lo que es en el archivo del Departamento lo relativo a 1781 se reduce a tres o cuatro documentos destruidos por la polilla! Es posible también que en la Biblioteca Nacional exista el proceso seguido contra Agudelo, pues parece que fue allí en donde el Sr. Briceño encontró los datos sobre este acontecimiento interesantísimo. ¿Murió en los presidios de Portobelo el precursor del antiesclavismo en Antioquia? ¿Era español o americano? ¿Algunos de los que llevan ese apellido entre nosotros son descendientes de ese grande hombre, orgullo legítimo de una raza? Desde luego hay que creer que el Sr. Agudelo era persona principal en su tiempo, pues hombre que tenía 80 esclavos debía ser rico, y desde que les dio libertad se comprende que era de excepcionales condiciones intelectuales y morales. Acción tan noble y singular en 1781, hace pensar que quien la ejecutó era un espíritu selecto, un verdadero superhombre de su época.